

tir que podemos considerar como nuestras las producciones todas de O-Wahú. El manto escarlata bordado de oro, que figura entre nuestros regalos, ha causado á la reina Kahumanú impresión tan profunda que la hace caer en verdadero éxtasis. Desde que amanece se interna en las soledades más sombrías de los bosques, y cobijándose con el manto, ensaya posturas inverosímiles que en la noche repite en presencia de la congregada corte. En ciertos momentos es presa de extraño abatimiento que desola al excelente Teimotú. He conseguido, sin embargo, distraer á la reina, ofreciéndole almuerzos de pescado frito regado de buenos vasos de ginebra ó de ron, y tal régimen disipa notoriamente sus languideces. ¡ Cosa rara ! Kahumanú anda sin cesar tras de Menzies, le estrecha en sus brazos, le prodiga los más tiernos epítetos, y estoy tentado de creer que se ha enamorado de él.

Por lo demás, obligado me veo á declarar á V. E. que Menzies, con quien yo contaba, me ha sido más perjudicial que útil. Muéstrase poco dispuesto á corresponder al amor de Kahumanú. En compensación, se halla poseído de culpable delirio, de pa-

sión insensata que le ha inducido á jugar-me una mala partida, y que nos hará chocar para siempre si no desiste de su error. Me arrepiento de haber suplicado á V. E. que me le agregara; sin embargo, ¿podía yo prever que tan súbita ceguedad cambiara las disposiciones de un amigo de tantos años? Propóngome transmitir á V. E. pormenorizada relación del asunto aquí indicado; y si Menzies no repara sus sinrazones, solicitaré el apoyo de V. E. contra quien tan indignamente ha correspondido al más sincero afecto.

Tengo la honra de ser con el más profundo respeto, etc.

A. Broughthon.

CARTA VI.

Menzies á Broughthon:

No: no puedo sufrirlo más. Tú me huyes y me diriges miradas de cólera y menosprecio; y me aplicas los epítetos de traidor y de pérfido. En vano busco, sin embargo,

los motivos que puedan justificar tu conducta hacia el más afectuoso de tus amigos. ¿Qué te he hecho? ¿En qué puedo haberte ofendido? A alguna mala inteligencia se ha de deber que dudes de mi ternura y adhesión. Te ruego, Broughthon, que aclares tan fatal misterio, te vuelvas á mí, y me trates como acostumbrabas hacerlo.

Davis, que te llevará esta esquila, va encargado de recoger su inmediata respuesta. La impaciencia me tiene en verdadero suplicio.

Menzies.

CARTA VII.

Broughthon á Menzies:

¿Te atreves á preguntarme en qué me has ofendido? ¡Por cierto que te sienta bien ese carácter, á tí que de modo tan repugnante has violado los fueros de la amistad, el derecho de gentes, la moral universal! ¿Te niegas á comprenderme? Pues que el mundo entero lo sepa y se escandalice de tu ma-

la acción. Voy á pronunciar á tu oído el nombre que resume tu delito: "Haimatocara." Sí, tú has dado este nombre á aquella á quien me has arrebatado, á quien tienes en secuestro, al tesoro que me enorgullecía en declarar mío en los anales eternos. Pero aun no renuncio á creerte virtuoso: me complazco en esperar que dominarás la funesta pasión que te extravía. Menzies, devuélveme á Haimatocara, y te estrecharé contra mi corazón como á un hermano idolatrado; olvidaré para siempre la dolorosa herida que me has hecho; consentiré en no ver en el rapto de Haimatocara sino un rasgo de irreflexión más bien que de perfidia. ¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela!

Broughthon.

CARTA VIII.

Menzies á Broughthon:

¿Qué arrebató, amigo mío, te extravía? ¿Haberte yo usurpado á Haimatocara, á Haimatocara, nacida en una categoría que

te ha sido siempre extraña y ajena; á Haimatocara, á quien yo he hallado libre, durmiendo en plumas bajo la bóveda del cielo? Soy el primero á quien ha visto con tiernos ojos; el primero que le ha dado nombre y posición. Tú que me llamas p^{er}fido ¿no mereces ser tratado de loco, puesto que, ofuscado por envidia de mala ley, reclamas lo que ha llegado á ser propiedad mía, lo que me pertenecerá para siempre en los anales en que aspiras tan audazmente á alzarte con el bien ajeno? Nunca me separaré de mi querida Haimatocara. Por ella todo lo sacrificaría con gusto, hasta la vida, que no me interesa sino al respecto de tan inestimable tesoro.

Menzies.

CARTA IX.

Broughton á Menzies:

¡Ladrón impudente y embustero! ¡Que no me pertenece Haimatocara! ¡Que la has conocido libre y sin dueño! ¡De quién era

la pluma en que dormía? ¿No te obligaba esa circunstancia á reconocer y confesar que sólo á mí pertenece Haimatocara? Devuélvemela, ó proclamaré á la faz del universo tu infamia. No á mí, sino á tí, hay que reprochar la baja envidia y los ridículos celos: eres tú quien trata de enriquecerse con lo ajeno; pero no lo conseguirás. Devuélveme á Haimatocara, ó empezaré á tenerte por el más redomado de los pícaros.

Broughton.

CARTA X.

Menzies á Broughton:

Tú eres el tres veces pícaro. No se me quitará á Haimatocara sino con la vida.

Menzies.

CARTA XI.

Broughton á Menzies:

¡Miserable! ¡Con que no te podrá ser arrancada Haimatocara sino con la vida? Pues bien: que de su posesión decidan las

armas. Mañana á las seis de la tarde acude á la playa desierta, al pie del volcán. Confío en que no necesitarán de compostura tus pistolas.

Broughthon.

CARTA XII.

Menzies á Broughthon:

Acudiré á la playa á la hora indicada. Haimatocara será testigo del combate cuyo premio constituirá ella misma.

Menzies.

CARTA XIII.

El capitán Bligh al Gobernador de la Nueva Gales del Sur:

Hanararú en O-Wahú, Diciembre 26 de 1818. Lleno penosísimo deber noticiando á V. E. el lance terrible que nos priva de dos

personas honorables. De algún tiempo á esta parte notaba yo que los señores Broughthon y Menzies, íntimos é inseparables antes, habían roto entre sí, no siéndome posible adivinar la causa del rompimiento. Evitaban encontrarse y se cambiaban cartas y esquelas por medio de nuestro piloto Davis. Me ha contado éste que al recibir semejantes misivas mostraban uno y otro la más violenta agitación, y que Broughthon, sobre todo, en los últimos tiempos, arrojaba chispas contra su antiguo amigo. Davis vió á Broughthon cargando sus pistolas, y que salía ayer apresuradamente de Hanararú. Se dió prisa á buscarme Davis, y no bien me comunicó sus sospechas, cuando me trasladé al pie del volcán, en compañía del teniente Colinet y del cirujano Whidby; pareciéndome la playa de aquel lado lugar muy á propósito para un duelo; en lo cual no me engaqué. Camino andando, oímos dos tiros: apresuramos el paso, y al llegar, hallamos á Menzies y á Broughthon en el suelo, bañados en sangre, con un balazo en la cabeza el primero, y con otro en el pecho el segundo; sin dar ya ninguno de los dos señales de vida. Es-

taban á diez pasos uno de otro, y entre ellos la causa fatal de su desdicha. En caja entapizada de papel dorado, y extendido en plumas de pichón, había un insecto de extraña forma y variados colores. Davis le declaró arador; aunque reconociendo que por la estructura de las patas y de la parte inferior del cuerpo, difería considerablemente de todas las especies hasta hoy conocidas. En la cubierta de la caja se leía: "Haimatocara."

Menzies había hallado este singular arador en el plumón de un palomino muerto por Broughton y caído entre abrojos. Menzies, como descubridor del insecto, quería presentarle al mundo científico bajo el nombre de Haimatocara; mas Broughton pretendía serle debido el honor del descubrimiento, por haber él muerto al pájaro en que fué hallado el insecto. De aquí el duelo en que ambos sabios hallaron la muerte.

Los papeles de Menzies me han revelado los pormenores de lo acontecido. Menzies aseguraba que este arador era el tipo de una especie enteramente nueva, que clasificaba entre *Pediculus pubescens, thorace trapezoideo, habitans in homine, Hottentottis,*

Groelandisque, escam dilectam præbens et Nirmus crassicornis, capite ovato-oblongo, scutello thorace majore, abdomini lineari-lanceolato, habitans in anate, ansere et amboschade.

Estas indicaciones bastan para demostrar á V. E. que nuestro arador es único en su género. Aunque poco versado en historia natural, he observado atentamente á Haimatocara con el microscopio, y sus brillantes ojos, el riquísimo colorido de su lomo y la graciosa agilidad de sus movimientos me han parecido asegurarle indisputable supremacía entre todos los seres de su especie.

Aguardo las órdenes de V. E. ¿Debo empacar el insecto para enviarle al museo; ó hacerle arrojar al mar?

En espera de la resolución de V. E. Davis conserva á Haimatocara en su gorro de algodón; haciéndole yo responsable de su vida y hasta de su salud.

Admita V. E. &.,

El capitán Bligh.

CARTA XIV.

Respuesta del Gobernador:

Puerto Jackson, Mayo 1^o de 1819.

Con el más profundo dolor he leído, señor capitán, la relación que me habéis hecho de la muerte de nuestros dos naturalistas. ¿Posible es que el celo por la ciencia extravíe á los hombres al extremo de hacerles olvidar lo que deben á la amistad, á sí mismos y á sus semejantes? Confío en que los señores Menzies y Broughthon habrán sido convenientemente inhumados. En cuanto á Haimatocara, en memoria de aquellos á quienes lloramos, la arrojaréis al mar, con los honores de costumbre.

Recibid &.,

El Gobernador.

CARTA XV.

El capitán Bligh al Gobernador de la Nueva Gales del Sur:

A bordo de la *Decouverte*.

Octubre 5 de 1819.

Las órdenes de V. E. relativamente á Haimatocara, han sido ejecutadas en presencia de la tripulación de gran uniforme, del rey Teimotú, de la reina Kahumanú y de varios dignatarios de la corona. Ayer á las seis en punto de la tarde, fué quitada del gorro de algodón de Davis por el teniente de marina Colinet y puesta en la caja que le debía servir de ataúd, después de haber sido en otro tiempo su habitación. La caja fué atada á una piedra grande, y arrojada por mí mismo al mar, al estruendo de tres salvas de artillería. En seguida la reina Kahumanú entonó una aria, coreada por todas las hembras de O-Wahú, y que resultó tan horrible como lo exigía la solemnidad. Después de tres nuevas salvas, se distribuyó carne y ron á los mari-

neros, y obsequiamos á Teimotú, á Kahumanú y á sus cortesanos con ginebra y otros refrescos.

La excelente reina todavía no se consuela de la pérdida de Menzies. Para honrar la memoria de este querido amigo nuestro se ha clavado en el cuerpo un colmillo de tiburón, y aun no está del todo cicatrizada su herida.

Davis, el fiel depositario de Haimatocara, pronunció conmovedora oración fúnebre, en que, después de bosquejar rápidamente la historia del demasiado célebre insecto, se extendió acerca de la fragilidad de las cosas humanas. Los marineros más endurecidos no han podido contener sus lágrimas, y Davis, ensayando á intervalos un aullido adecuado á las circunstancias, ha provocado de parte de los indígenas de O-Wahú aullidos análogos, aunque mucho más espantosos, lo cual realzó en sumo grado la dignidad de tan imponente ceremonia.

Recibid &.,

El capitán Bligh.

CONFESIÓN HALLADA

EN UNA

PRISION INGLESA

EN TIEMPO DE CARLOS II.

[POR CARLOS DICKENS]